

JORNADAS DE FILOLOGÍA ESLOVA DE LA U. C. M.



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGIA

16 - 18 de Mayo
1990.

DE LA FLEXION NOMINAL DEL IE A LA DEL ESLAVO

Francisco Rodríguez Adrados, Madrid

La intención de este trabajo es iluminar la historia de la creación del eslavo, así como sus relaciones con las demás lenguas indoeuropeas, desde un punto de vista no utilizado hasta el momento con esa finalidad: su flexión nominal.

Ello no era posible hasta ahora. Efectivamente, mientras se pensó que la flexión nominal eslava de siete casos heredaba directamente la del más antiguo indoeuropeo, respecto al cual sólo se diferenciaría por la fusión de G. y Ab., este era uno más de los arcaísmos del eslavo. Y es sabido que un arcaísmo no indica relación especial entre las lenguas que lo conservan. Pero hoy en día se impone cada vez más la idea, que nosotros hemos defendido en diversas publicaciones, de que el sistema casual más antiguo del IE constaba sólo de cinco casos, a saber, N., V., Ac., G. y D.-L.-I. Cuando una lengua presenta más casos, esto es producto de una evolución, una innovación. Y la coincidencia en las innovaciones sí que demuestra parentesco entre las lenguas que las comparten.

Sobre las relaciones dialectales del eslavo se ha escrito mucho. En primer lugar, sobre su relación con el báltico: sobre si ambas ramas lingüísticas provienen de una lengua común, de la cual se habría desgajado el eslavo en torno a nuestra era. En segundo lugar, sobre su relación (y la del grupo balto-eslavo en general) con otras lenguas indoeuropeas: el germ., el i.-i. y el toc., sobre todo. Puede verse la bibliografía más importante en Szemerényi 1957 y Birnbaum 1975, p. 316. Meillet y Senn son los principales representantes de la idea de que báltico y eslavo eran desde el comienzo lenguas separadas, Stang y Scherer de que pertenecen a un mismo grupo. Las relaciones

con otras lenguas son valoradas variamente.

Yo mismo publiqué en 1980 un trabajo recogido luego en mis Nuevos Estudios de Lingüística Indoeuropea de 1988 (p. 541 ss.) con el título "Las lenguas eslavas en el contexto de las lenguas indoeuropeas". Señalaba que la existencia de isoglosas balto-eslavas implicaba la pertenencia de ambas ramas a un grupo lingüístico que no tenía por qué ser estrictamente unitario: otras isoglosas unen bien al eslavo, bien al báltico con otras lenguas, aparte de las que son exclusivas bien del uno bien del otro y que no tienen por qué ser siempre posteriores a las que son comunes.

Señalaba, de otra parte, una serie de coincidencias del eslavo común (y a veces del báltico) con otras lenguas que son simples arcaísmos: el politematismo, la falta del subj. y el perf., la identidad de la 2ª y la 3ª pers. en el pret., etc. Otras innovaciones todavía unen a báltico y esl. al IE septentrional en general (germ., lat., celt., etc.): así la reducción a dos de los tres temas verbales del IE meridional, representado por el gr. e i.-i., sobre todo; los temas de pret. en -ē y -ā; etc.

El esl. añadió diversas innovaciones, algunas compartidas por el bált. y el germ., así los casos oblicuos con -m y la flexión del part. fem.; otras con el i.-i., así la satemización y el paso de s a š tras i, u, r, k (rasgo que afectó más plenamente al esl. que al bált.)

Para interpretar todo esto, yo partía de la teoría de que el IE III, esto es, el de la reconstrucción tradicional, posterior a aquel otro del que las lenguas de la antigua Anatolia son el resto mejor conservado, se extendió por Europa en dos oleada. Una, por el Norte de los Cárpatos, trajo el bált., esl., germ., lat., o.-u. y celta

(a este mismo grupo pertenece el tocario, sólo que se dirigió hacia el E., estableciéndose en el Turquestán chino).

La segunda oleada es la que entró bordeando el Mar Negro: de ella surgieron el arm. (luego pasado a Asia), el tracio y el gr. y también, sólo que desplazándose hacia el E. y luego hacia el S., el i.-i. Todo esto se establece, sobre todo, mediante la comparación lingüística: las innovaciones de cada uno de los grupos. Para el detalle, remito a mi trabajo de 1979, recogido en Adrados 1988, p. 19 ss. y a varios otros recogidos igualmente en este último libro.

Pues bien, el esl., perteneciente a la rama septentrional, es natural que comporte innovaciones propias de ésta, pero también otras comunes, sobre todo, con el toc. y el germ., que estuvieron geográficamente próximos (aunque el primero quedara pronto separado). Y también, por supuesto, otras comunes al bált., desarrolladas por ambas lenguas; y las comunes bien al esl., bien al balt. y a alguna otra lengua del mismo grupo septentrional.

Por otra parte, el gr., que iba en cabeza de los grupos del IE meridional, pudo hacer contacto en algún momento con el esl., que iba a su vez en retaguardia, tras la separación del toc., de los grupos septentrionales. De ahí que presente algunos rasgos septentrionales, como los pretéritos compuestos, y que el bált. tenga en común con el gr. (e i.-i.) un futuro sigmático. Pero posteriormente el gr. se desplazó hacia el S., hacia Grecia, y los eslavos quedaron en contacto, como se sabe, con lenguas de tipo i.-i. como las de los escitas y sármatas. De este contacto proviene, sin duda, numerosas coincidencias en el léxico y también las fonéticas señaladas más arriba.

Se trataría, pues, de relaciones estratificadas, pertenecientes a cronologías diferentes. El estudio, ahora, de la flexión nominal no va a añadir grandes novedades, pero va a enriquecer este panorama.

La base es, ya lo he dicho, la teoría de que el estadio más antiguo de la flexión nominal del IE es aquel que consta de cinco casos, ya mencionados: el que hemos llamado D.-L.-I. es un caso local con varios significados que en i.-i. y en balt.-esl. se escindió en los tres casos conocidos del D., L. e I. Es, como decía, una teoría que cada vez gana más adeptos frente a la antigua que extendía al más antiguo IE el sistema de los ocho casos del sánscrito. Frente a éste, el bált. y esl. añadirían la única innovación de haber sincretizado G. y Ab., como se ha dicho ya.

No es este el lugar de defender la nueva teoría, que cada vez se abre camino más ampliamente. Remito a mi Lingüística Indoeuropea de 1975 y al libro de 1988 antes reseñado, en que se recogen varios trabajos míos y y se hace amplia exposición y crítica de la bibliografía. También quiero hacer referencia a un artículo en prensa en Minos titulado " ¿Sincretismo de casos en Micénico?"

Sería, entonces, el estadio flexional del nombre más arcaico el preservado por el gr. (incluido el mic.), germ. y celt., sobre todo, con sus cinco casos. Y los ocho casos del i.-i. y del balt. -esl. (luego reducidos aquí a siete, como se ha dicho), serían la innovación. Lo sería ya la presencia en het. de un I. y un Ab. (por no hablar del terminativo, a todas luces reciente), así como la diferenciación de un G. y un Ab. (unido al I.) en lat. Por mencionar sólo lo más importante.

Efectivamente, a partir del núcleo original de los

cinco casos cada lengua pudo introducir innovaciones: aisladamente o en unión con otras. Hay que notar, de todos modos, que el esl., perteneciente ya al IE III, presenta innovaciones comunes con todo éste que no aparecen en het. ni en anatolio en general: así, las formas específicas del G. y demás casos oblicuos de pl., que allí faltan, y que el IE III creó a partir de formas aglutinadas y mediante otros recursos.

Inversamente: por muy innovador que sea respecto a la flexión nominal, el esl. conserva arcaísmos que fueron borrados, por ej., en ai. Así, en los temas en -i el aesl. conserva una forma común de D. y L. *kosti, peti*, idéntica etimológicamente al D.-L. (y también I.) del gr. de tipo πόλει. Es una forma de tema puro que remonta a un estadio más antiguo que el del ai.: éste especializó para el L. formas en -i, las mismas pero con grado 0, y dejó las con -ei para el D.; en los temas en -i, concretamente, creó una forma redundante *Agnaye* < *-ey-ei. Algo idéntico hay que decir de los temas en *-ā, que conservan el arcaísmo de una forma de D.-L. en -ē < *-āi.

Efectivamente, un arcaísmo puede conservarse en cualquier parte. Esto nos demuestra que la escisión del antiguo D.-L.-I. del IE III en tres casos diferentes sólo afectó a una parte del IE III y, aun en ésta, sólo parcialmente se produjo.

Pero en términos generales puede decirse - y con esto centramos definitivamente nuestro tema - que la escisión de ese caso local en tres es una innovación común del i.-i. y del balt.-esl. Aunque, como ya hemos indicado y precisaremos, tenía puntos de partida muy antiguos, no parece dudoso que se haya desarrollado en común. Hemos de pensar que pertenece a la fase del contacto entre los dos grupos lingüísticos: seguramente, a partir del año 1000 a.

C., que es la fecha que se atribuye a la conversión del esl. (y del bált., pero en el caso de éste no totalmente) en una lengua satem.

Así, hemos de admitir que el IE III septentrional había conservado una flexión de cinco casos (eso sí, en sg. y pl.), como también la había conservado la rama occidental del IE meridional, el gr. Pero el contacto secundario del balt.-esl. con el i.-i. tuvo por consecuencia que el primero admitiera la innovación de éste consistente en la escisión del caso local en tres. No, ciertamente, en su totalidad: hemos visto restos de D.-L. en esl. Y hubo luego una innovación común del bált. y el esl.: eliminaron la oposición de G. y Ab. propia de los temas en -e/o del IE (el i.-i. y también el lat. procedieron inversamente: extendieron esa oposición a todos los temas).

Pero la consideración de la historia de la flexión nominal es susceptible de aportar todavía otros datos más.

En primer término, ya hemos dicho que en diversas lenguas se encontraba, en tales o cuales temas, una tendencia a dar una forma particular y específica a un significado particular y específico del caso local. Estaba muy extendido, por ej., un Ab. en *-ōd en los temas temáticos y se mantuvo en balt.-esl. como forma básica del G.-Ab. Una tendencia a crear en estos mismos temas un L. sg. en *-oi, *-ei, en cambio, aparece en aesl. (rabě), pero no en bált. Y ni en una ni otra lengua hay huella de la otra tendencia, en i.-i. y lat., a hacer de *-ei un D., de *-i un L. O sea: esl. y bált. ya participan de estas innovaciones, ya no; o bien proceden por separado.

Otra cuestión que hay que dilucidar es el valor probatorio de la escisión del D.-L.-I. para admitir un desarrollo común (aunque sea sólo en parte) del i.-i. y el

balt.-esl. Pues hay desarrollos paralelos: el het. y el lat., que extienden el Ab. de los temáticos a toda la declinación, proceden sin duda independientemente. Y sin duda el lat. cuando escinde un L. (que sirve al tiempo para expresar el Ab.), tipo *patre*. Evidentemente, el modelo tanto del L. como del Ab. estaba en los temáticos; por otra parte, ciertos D.-L.-I., dado su sentido, sólo podían ser usados como L.: por ej., los topónimos. Pero el balt.-esl. procede de un modo muy distinto: funde, ya se ha dicho, Ab. y G., y no tiene *-i como des. de L.

En cambio, las coincidencias con el i.-i. son claras. Existen, de una parte, las coincidencias formales: así el L. pl. en *-su en ai. y aesl. (cf. gr. -σι, lit. -se), el I. pl. *-bhis en i.-i. junto a *-mis en balt.-esl. (en gr. -φι es sg.-pl. y con uso casual muy amplio). Sobre todo, las formas de dual coinciden en gran medida.

Pues se piensa hoy que el dual es una innovación de un grupo dialectal del IE en el cual se incluye el gr. Pues bien, el dual de los temáticos, en *-ō (también *-ōu), se halla en gr., i.-i., bált., esl.: ai. *vṛkā*, gr. *λύκω*, lit. *vilkū*, aesl. *vīlka*. Pero el dual alargado de los temas en -i, -u sólo se encuentra en i.-i. y estas lenguas. Difieren, en cambio, otros duales del i.-i. y el balt.-esl.

Otras veces la coincidencia está, simplemente, en la escisión del antiguo caso local, pero los procedimientos son diferentes: selección entre variantes fonéticas, aglutinaciones diversas, hechos analógicos también diversos. No puedo explicar aquí el detalle, aunque he señalado ya algunas cosas: me limito a remitir a un trabajo mío de 1989 (anticipado en Adrados 1988), aparte de a varios recogido en Adrados 1988 y a mi Nuevo Manual de Lingüística Indoeuropea (en colaboración). Baste saber que, incluso

cuando hay un punto de partida común, el balt.-esl. puede innovar: junto al I. sg. del ai. en *-ā* (*ašvā*) el balt.-esl. aglutina una *-m* (aesl. *raka*, lit. *rankà* < **-ām*). Más frecuentemente, el bált. y esl. proceden independientemente.

Operando sobre la base de tendencias ya antiguas a la diferenciación de los casos locales D., L. e I., el contacto con el i.-i., que había llegado antes a estas diferenciaciones (o a algunas de ellas), el balt.-esl. las aceptó, aunque no siempre. Para ello siguió a veces el modelo formal que venía de fuera, a veces sólo el principio mismo de la diferenciación. En uno y otro caso bált. y esl. pudieron obrar en común o independientemente, sin duda en fases diferentes.

No sólo en la fonética, también en lo relativo a la flexión nominal (y al léxico), el contacto con el i.-i. hizo avanzar el desarrollo del grupo balt.-esl., en conjunto o por separado. Y el impulso recibido fructificó con el tiempo en un desarrollo más avanzado.

En cambio, las coincidencias, aquí o allá, con antiguos inicios de escisiones de casos o con otras nuevas en otras lenguas, así en lat., arm., etc., deben considerarse como coincidencias que no deben ser tomadas en cuenta a la hora de establecer las relaciones dialectales en sus diversas fases.

Pero hay un grupo lingüístico que no hemos mencionado en este contexto y que hay que tener en cuenta: el germ., que ya hemos dicho que contiene elementos dialectales comunes con el bált. y esl. En realidad, ya hemos mencionado el hecho de que todas estas lenguas poseen un elemento aglutinado *-m* como marca de diversos casos oblicuos del nombre. Se han hecho varios intentos, siempre fracasados,

para poner en conexión este elemento *-m* con el elementos *-bh* de que hemos venido hablando y que se encuentra no sólo en i.-i., también en arm., gr., lat., o.-u., celt.

Eran, sin duda, elementos de aglutinación independientes, aunque paralelos. Variados libremente se usaron en diversas lenguas para designar ya el caso local D.-L.-I., ya los escindidos del mismo; ya en sg. ya en pl.

El hecho es que no hay coincidencia exacta: las formas del bált. y esl. vienen ya de **-mis* (I. lit. *sūnumis*, aesl. *synŭmī*), ya, quizá, de **-mos* (D.Ab. lit. *sūnumus*, aesl. *synŭmŭ*), mientras que got. *sūnum* es D.-L.-I.-Ab. y puede venir de **-mis* o **-mos*. Parece claro que en el área del IE que comprendía a bált., esl. y germ. una aglutinación *-m* podía añadirse al caso local (también en sg., hay un I. en **-mi* en bált. y esl. y restos de una *-m* de I. sg. en germ.)

Hay que concluir entonces, pensamos, que en el área del bált. y esl. esas formas con *-m* sufrieron el influjo del i.-i., con sus casos escindidos; influjo que no llegó al germ. La contaminación de las formas con *-m* y las con *-bh* que llegaban produjeron el nuevo sistema, próximo al del i.-i., pero con *-m* y no *-bh*. Sistema que continuó desarrollándose dentro del balt.-esl. y, luego, del esl.

Con esto concluimos. El estudio del desarrollo de la flexión nominal comporta varias fases: todo el IE a partir del II; el IE III septentrional; las evoluciones dentro del grupo germ.-balt-esl. y, luego, dentro del esl.; el influjo sobre el balt.-esl. y, luego, sobre el esl., del IE III meridional en su forma de i.-i. Son pasos sucesivos a lo largo de los cuales va cristalizando el eslavo. Pero esta cristalización se completa cuando introduce a su vez una serie de innovaciones que le son propias. Podríamos

continuar con el desarrollo de la flexión en las diversas lenguas eslavas.

Establecer el parentesco de una lengua o un grupo lingüístico es cosa complicada. Se trata de una larga evolución que lo pone en contacto con lenguas sucesivas, que produce fragmentaciones y evoluciones ya compartidas, ya propias. Un estadio arcaico de la lengua puede así evolucionar: primero como parte de un grupo amplio, luego de otros más reducidos. Lo cual no impide que se conserven muchos arcaísmos. Todo este conjunto de datos de origen diverso es el que, finalmente, presta al grupo lingüístico y a las lenguas en él integradas su fisonomía propia.

Lo que aquí aportamos en torno a la flexión nominal del eslavo no altera grandemente el panorama de lo que sabíamos o intuíamos. Pero lo hace, quizá, más preciso en algunos puntos. Contribuye, pensamos, a perfeccionar el cuadro de la creación y de la situación dialectal del eslavo, hasta llegarse al eslavo común en torno a nuestra era, según dijimos. Cuadro que debe mucho al esfuerzo de una larga serie de investigadores y que nace del trabajo de ellos en su conjunto, aunque pueda haber entre ellos diferencias. No intentábamos sino añadir a ese cuadro unas pocas pinceladas.

BIBLIOGRAFIA

- Adrados, Francisco R., 1975: Lingüística Indoeuropea. Madrid, Gredos.
- Adrados, Francisco R., 1979: "Arqueología y diferencia-

- ción del Indoeuropeo", Emerita 47, pp. 261-282.
- Adrados, Francisco R., 1980: "Les langues slaves dans le contexte des langues indoeuropéennes", Supostabitelno ezikosnanie 5, pp. 3-14.
- Adrados, Francisco R., 1988: Nuevos Estudios de Lingüística Indoeuropea. Madrid, C.S.I.C.
- Adrados, Francisco R., 1989: "Agglutination, Suffixation or Adaptation? For the History of Indoeuropean nominal Inflexion", IF 94, pp. 21-44.
- Adrados, Francisco R., en prensa: "¿Sincretismo de casos en micénico?", Minos.
- Adrados, Francisco R., en prensa: Nuevo Manual de Lingüística Indoeuropea (en colaboración con A. Bernabé y J. Mendoza).
- Birnbaum, H., 1975 (2ª ed. 1979): Common Slavic. Columbus, Ohio, Slavica Publishers.
- Szemerényi, O., 1957: "The Problem of Balto-Slav Unity. A critical Survey", Kratylos 2, pp. 97-123.